



# Los Reyes en Europa

3. EL PREMIO CARLOMAGNO

39



# Los Reyes en Europa

## 3. EL PREMIO CARLOMAGNO

MADRID, 1982

*Discursos pronunciados en la Sala del Trono del Ayuntamiento de Aquisgrán, el acto de entrega a S. M. el Rey de España, Don Juan Carlos I, del Premio Internacional Carlomagno de la Ciudad de Aquisgrán, el día 20 de mayo de 1982*

Servicio Central de Publicaciones de la Presidencia del Gobierno  
ISBN: 84-7471-044-8. Depósito legal: M. 24387/1980  
Imprenta Nacional del Boletín Oficial del Estado



Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado <http://publicacionesoficiales.boe.es>  
Ministerio de la Presidencia. Secretaría General Técnica-Secretariado del Gobierno. Centro de Publicaciones

NIPO: 002-12-047-0

# SUMARIO

EL DÍA DE AQUISGRÁN	4
EL PREMIO INTERNACIONAL CARLOMAGNO DE LA CIUDAD DE AQUISGRÁN	6
DISCURSO DEL ALCALDE DE LA CIUDAD DE AQUISGRÁN, SEÑOR KURT MALANGRE	10
DISCURSO DEL CANCELLER DE LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA, SEÑOR HELMUT SCHMIDT	16
DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS Y MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DEL REINO DE BÉLGICA, SEÑOR LEO TINDEMANS	21
DISCURSO DE SU MAJESTAD EL REY DON JUAN CARLOS I	26

## EL DÍA DE AQUISGRÁN

*Llovía en Aachen, la ciudad carolingia escondida en el bosque de Westfalia, mientras esperábamos al Rey un millar de fieles en la sorprendente Basílica. Dicen que Carlomagno, en el vértice de su poderío, después de la unción imperial recibida en Roma, dirigía con precisión castrense los oficios litúrgicos de su capilla palatina, cuyo cuerpo octogonal, inspirado en Rávena, constituye la mitad del templo actual. Ese estilo minucioso y puntual lo conserva todavía en la liturgia de la Catedral presente. Preside el gran coro gótico la momia del Emperador con su envoltura dorada, erecto en su silla curul con los atributos externos de la potestad romana y su fiel espada «Joyeuse», a su lado desde hace más de mil años. Las ojivas del siglo XIII se disparan hacia arriba en una crestería que contrasta con el teutonismo acendrado del conjunto arcaico. Ese fue el símbolo sentido del sacro romanismo.*

*Imponer un sistema civilizador en los pueblos que se extendían entre el Rhin, el Danubio y el Elba, dándoles una conciencia moral común. Así se logró un primer paso hacia la identidad de Europa. En Roma estaba la cabeza. En Aquisgrán, el corazón. Los medios empleados para ello no nos parecen hoy día aceptables para la sensibilidad moderna. Pero esta repulsa que nos producen los métodos del pasado ¿no son la constante lección que ofrece la historia a quien recorre sus páginas?*

*El ciclo carolingio que impuso aquel gigantón musculoso y estentóreo que guerreaba sin cesar de una a otra frontera; que se bañaba desnudo entre sus caballeros palatinos en las aguas calientes y sulfurosas de sus piscinas de mármol, debió ser, al decir de sus biógrafos, un personaje de torrencial vitalidad y de convicciones absolutas y dogmáticas. Lo que logró en la construcción política duró poco en su proyecto primitivo, pero trascendió en el tiempo, durante siglos, en otras versiones impuestas por las circunstancias, pero derivadas del impulso inicial. Quizás sea oportuno recordar aquí el sentido anticipador que tuvo su obra en dos aspectos. Uno fue la convocatoria, dos veces al año, de la asamblea de los notables del Imperio a los que rendía personalmente cuenta y noticia de los grandes problemas que afectaban a sus enormes dominios, que iban del Ebro a Dinamarca y desde el Rhin al Adriático. En una época en que no existía la red informativa entre los pueblos sino a través de correos singulares, este contacto del Rey con los margraves y señores feudales —con vozarrón dominante— en el aula del palacio, creaba un clima de conocimiento mutuo que servía de elemento cohesionante. La otra gran novedad del sistema carolingio fue la amalgama que realizó entre la realeza y la cultura, rodeándose de las grandes figuras del saber del ochocientos que lo acompañaban en una academia dialogante. Carlomagno hablaba el latín, pero tuvo gran dificultad en escribirlo. Sus hombres de ciencia y sus poetas dieron a la Corte de Aix-la-Chapelle un tono de renovación al que se le llamó el primer Renacimiento europeo. Aquisgrán fue una Florencia francogermana «avant la lettre». Abrió el camino a los que en siglos sucesivos asociaron la función de la Corona con las creaciones del espíritu.*

*Habló el Rey de España en el gran salón del Rathaus después de recibir —emocionado— del Burgo-maestre de la ciudad el galardón imperial. Sus palabras bellas y precisas, impregnadas de serenidad, fueron interrumpidas una y otra vez por el tumulto de los aplausos. Había en el abarrotado ambiente un visible clima de entusiasmo sincero. El Rey de España es hoy día para la opinión de la Europa occidental el representante visible de la transición hacia la democracia; el hombre de Estado que posibilitó la instauración pacífica de un sistema constitucional. Y el que supo defenderlo con arrogancia y gallardía en las horas de peligro. Esto lo han entendido los pueblos y los gobiernos de la Europa occidental con transparente claridad.*

*Antes de su discurso, habló el Canciller Socialdemócrata de la Alemania Federal, Helmut Schmidt, en términos de gran sustancia política por encima de las cortesías protocolarias. Fue un compromiso público y explícito hacia España; hacia la complementariedad que representa el ingreso de España en la Comunidad y — ¿por qué no decirlo? — acentuando al mismo tiempo la solidaridad de las democracias parlamentarias occidentales con el destino futuro de la joven Monarquía constitucional española. «Las crisis intercomunitarias suelen ser a veces útiles para sacar a relucir los problemas latentes o escondidos y obligan a tomar resoluciones para resolverlos». La Comunidad tiene dificultades pero sigue siendo uno de los instrumentos necesarios para la construcción de la unidad política de Europa. Aunque tarde algunos o muchos años más, el propósito unificador del Continente es un proceso irreversible.*

*Recordó don Juan Carlos la componente trascendental del europeísmo en la historia, y su proyección universalista. Es decir, su permanente objetivo de ir más allá de sí mismo en un «plus ultra» repetido. Fue asimismo una nota destacada del discurso su profesión de europeísmo como algo que se halla implícito en la inmanencia de nuestro ser nacional. También aludió el Rey a nuestra condición transatlántica de «nación americana». Fueron palabras muy bien escuchadas en aquella concurrencia de europeos señeros, ávidos de oír el mensaje del descendiente de Carlos V, en el histórico salón.*

*Al salir del edificio, en la plaza, junto a unos cientos de trabajadores españoles que aclamaban a los Reyes, desentonaban con silbidos, consignas y pancartas, grupos de jóvenes radicales alemanes que protestaban por nuestra integración política en el atlantismo militante. La policía vigilaba discretamente el coro discrepante. «Es nuestra forma de organizar la convivencia pública en libertad, dentro de la ley. El derecho a disentir es la esencia de la democracia», me decía un distinguido parlamentario europeo. Es la diferencia que existe entre Aquisgrán y Varsovia, entre el Oeste y el Este. Para evitar que los derechos se conviertan en delitos es para lo que mantienen sus estructuras defensivas los pueblos de Europa occidental con la inclusión de España.*

JOSÉ MARÍA DE AREILZA  
Presidente de la Asamblea del Consejo de Europa

# EL PREMIO INTERNACIONAL CARLOMAGNO DE LA CIUDAD DE AQUISGRÁN

El Premio Internacional Carlomagno de la Ciudad de Aquisgrán fue instituido en Navidad de 1949 por un grupo de destacados intelectuales, vecinos de aquella ciudad. La idea nació de un particular, concretamente del doctor Kurt Pfeiffer, comerciante de Aquisgrán y Administrador del erario municipal de la ciudad. Después de la Segunda Guerra Mundial, el doctor Pfeiffer expuso su idea por primera vez el 15 de diciembre de 1949 al Círculo de los Lectores de Aquisgrán, llamado «Corona legentium Aquensis». Ya antes, con motivo de una estancia en la «Bühler Höhe» había discutido su proyecto con el que más tarde sería Presidente de la República Federal de Alemania, doctor Theodor Heuss, siendo la idea fundamental la de premiar la labor en pro de la unificación de Europa Occidental, como objetivo político.

## **La convocatoria del premio es la siguiente:**

«La ciudad de Aquisgrán, en un tiempo centro de todo el mundo occidental, luego convertida en ciudad de frontera, siempre a sido consciente de su misión histórica, de "servir de intermediario y de superar las fronteras". Lazos de sangre unen a los habitantes de nuestra ciudad con la población de los Estados vecinos, y siempre han existido en Aquisgrán hombres de aguda capacidad intelectual y de gran perspicacia, quienes, contra toda estrechez de miras nacional y pretendidos intereses han tratado de encontrar lo que tienen en común y lo que unen al espacio y a la cultura occidentales.

Tras dos guerras mundiales, en las que la situación fronteriza de nuestra ciudad tuvo consecuencias particularmente nefastas, y en las que los sinceros esfuerzos de varias generaciones para superar antagonismos nacionales imaginarios resultaron infructuosos, nuestra ciudad desmoronada en ruinas, no escatima esfuerzos para reconquistar su derecho a la vida. Pero, ampliadas sus experiencias por los terribles golpes sufridos, está más dispuesta que nunca a emplear todas sus energías en pro de la unidad del Occidente y, como paso preliminar imprescindible, en pro de la unidad económica.

Ya que todos los progresos de la humanidad siempre se han visto impulsados por personalidades geniales fuera de serie, dedicadas de lleno a sus ideas en contra de toda resistencia, ha de ser útil y provechoso realzar a esos hombres como ejemplos y exhortar a imitarlos y a convertir sus ideas en realidad.

Por consiguiente, un grupo de ciudadanos de Aquisgrán que se sienten íntimamente unidos a su ciudad por nacimiento o por el cumplimiento del objeto de su vida, ha resuelto convocar un

"PREMIO INTERNACIONAL DE LA CIUDAD DE AQUISGRÁN",

que, en memoria del gran fundador de la cultura occidental, se llamará

"PREMIO CARLOMAGNO DE LA CIUDAD DE AQUISGRÁN."

Será concedido anualmente a personalidades de alto mérito que hayan promocionado la idea de la unidad occidental, tanto en sentido político como en el económico y espiritual.

Con la cooperación del Alcalde-Presidente, del Director municipal Administrativo, del Obispo de Aquisgrán, del Rector de la Escuela Técnica Superior y de ocho representantes más de la vida económica e intelectual de nuestra ciudad, se ha fundado una sociedad, que será la institución encargada de las tareas relacionadas con el fallo del "Premio Carlomagno de la Ciudad de Aquisgrán". Esta sociedad, que habla y actúa en nombre de nuestra gran tradición histórica, nombrará ya en el año 1950 al primer galardonado. Con ello no solo quiere insistir siempre en el problema de la unidad europea, sin resolver, sino también tratar de mostrar caminos para la solución práctica de esta apremiante cuestión. No solo aspira a ganarse la simpatía y a conseguir la cooperación de los ciudadanos de Aquisgrán, sino de todo el mundo occidental.

Aquisgrán, Navidad de 1949.»

En enero de 1950 se fundó la Sociedad para la Concesión del Premio Internacional Carlomagno de la Ciudad de Aquisgrán.

Sería responsable de la elección de los galardonados un Directorio que decidiría completamente independiente de las instituciones oficiales, siendo partes integrantes del mismo, sin embargo, el Alcalde-Presidente y el Director municipal Administrativo en ejercicio, el Obispo de Aquisgrán, en su calidad de custodio de la tradición Carolina de la Catedral, y el Rector en ejercicio de la Escuela Técnica Superior del Rín-Wesfalia. Los restantes miembros del tribunal hasta el número de doce serían ciudadanos de Aquisgrán, elegidos a perpetuidad. Su sustitución competiría exclusivamente al mismo Directorio.

El primer galardonado fue Richard Graf Coudenhove - Kalergi, fundador del Movimiento Pan-europeo.

Desde entonces, fueron galardonados por sus méritos en pro de la unificación de los estados democráticos europeos, políticos tan destacados como Alcide de Gasperi, Jean Monnet, Konrad Adenauer y Winston Churchill, sólo por mencionar unos entre muchos.

Al Directorio no le pareció suficientemente supranacional la orientación política de Charles de Gaulle, uno de los grandes políticos europeos, para conceder dicho premio. Por otra parte, se otorgó la distinción al filósofo español Salvador de Madariaga en el año 1973, después de haber sido ya durante varios años objeto de deliberaciones.

La entrega del Premio Carlomagno en la Sala de Coronación de Aquisgrán, en la que el ministro federal de Relaciones Exteriores suele tomar la palabra, constituye un acontecimiento de primera importancia en el proceso de unificación de la Europa libre.

El ceremonial comprende la entrega de un valioso documento manuscrito, de una Medalla con banda, que por un lado lleva el sello municipal más antiguo de Aquisgrán, procedente del siglo XII, y, por otro, una inscripción alusiva al galardonado, y de un premio en metálico de 5.000 DM, que a veces ha sido donado por el galardonado para fines caritativos.

Las personas que lo han recibido hasta el momento son:

1950. *Richard Graf Coudenhove-Kalergi*  
Fundador del Movimiento Paneuropeo.

1951. *Prof. Dr. Hendrik Brugmans*  
Rector del Colegio de Europa en Brujas.
1952. *Alcide de Gasperi*  
Presidente del Gobierno italiano.
1953. *Jean Monnet*
1954. *Dr. Konrad Adenauer*  
Canciller de la RFA.
1955. *Sir Winston S. Churchill*  
Ex Primer Ministro de Gran Bretaña.
1957. *Paul Henri Spaak*  
Secretario general de la OTAN.
1958. *Robert Schuman*  
Presidente del Parlamento Europeo.
1959. *George C. Marshall*  
Ex Ministro de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos.
1960. *Dr. Joseph Bech*  
Presidente de la Cámara de Diputados de Luxemburgo.
1961. *Prof. Dr. Walter Hallstein*  
Presidente de la Comisión de la CEE.
1963. *Edward Heath, M.B.E., M.P.*  
Lord del Sello Privado.
1964. *Prof. Dr. Antonio Segni*  
Presidente de la República italiana.
1966. *Jens Otto Krag*  
Presidente del Gobierno danés.
1967. *Joseph Luns*  
Ministro de Relaciones Exteriores del Reino de Holanda.
1969. *Comisión de las Comunidades Europeas.*
1970. *Francois Seydoux de Clausonne*  
Ex Embajador francés en la RFA.
1972. *The Rt. Hon. Roy Jenkins, P.C., M. P.*
1973. *Salvador de Madariaga.*
1976. *Leo Tindemans*  
Presidente del Gobierno belga.



1977. *Walter Scheel*  
Presidente de la RFA.

1978. *Konstantin Karamanlis*  
Presidente de la República Helénica.

1979. *Emilio Colombo*  
Presidente del Parlamento Europeo.

1981. *Simone Veil*  
Presidente del Parlamento Europeo.

# DISCURSO DEL ALCALDE DE LA CIUDAD DE AQUISGRÁN, SEÑOR KURT MALANGRE

Honorable Asamblea:

El veintitrés de octubre de mil quinientos veinte, Carlos V celebró aquí, en esta sala, la fiesta de su coronación, que fue la más brillante de toda la Edad Media.

Cuando, en mil novecientos setenta y tres, el español don Salvador de Madariaga recibió también el Premio Carlomagno en esta misma sala, hizo una referencia a Carlos V — que en España lleva el título de Carlos I—, como el rey que, durante todo su reinado, se esforzó por recobrar y conseguir la unidad de Europa. Nadie podía sospechar en mil novecientos setenta y tres, que nueve años más tarde, es decir, hoy, por los mismos motivos que entonces Salvador de Madariaga y en el mismo lugar, podríamos ver en persona al sucesor de Carlos V en el Trono de España, al que en nombre de todos ustedes y en primer lugar tengo el honor y alegría de saludar.

Su Majestad, Don Juan Carlos I, Rey de España:

Nos es grato dar la bienvenida con toda cordialidad tanto a Vuestra Majestad como a Su Majestad la Reina Doña Sofía y a los demás miembros de la Casa Real presentes.

Igualmente saludamos a los galardonados con el Premio Carlomagno en los pasados años:

Al galardonado el año mil novecientos cincuenta y uno, entonces Rector del Colegio Europeo, Profesor señor don Hendrik Brugmans.

Al del año mil novecientos sesenta y siete, entonces Ministro de Relaciones Exteriores del Reino de Holanda y actual Secretario general de la OTAN, señor don Joseph Luns.

Al galardonado el año mil novecientos setenta y seis, entonces Presidente del Gobierno y actual Ministro de Negocios Extranjeros del Reino de Bélgica y también Presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea, señor Leo Tindemans.

Al galardonado el año mil novecientos setenta y siete, anterior Presidente de la República Federal Alemana y actual Presidente del Consejo Alemán del Movimiento Europeo y de la Unión Europea, señor Walter Schell.

A la galardonada el año mil novecientos ochenta y uno, la anterior Presidenta del Parlamento Europeo, madame Simone Veil.

Nos alegramos de que esté entre nosotros la viuda del galardonado con el Premio Carlomagno de mil novecientos setenta y tres, doña Emilia de Madariaga, a la que saludamos.

Una particular alegría nos proporciona la presencia del Presidente de la República Federal Alemana, Profesor Carstens.

Doy la bienvenida a los señores Embajadores de Bélgica, de Irlanda, de Luxemburgo, de Portugal, de Dinamarca, de Gran Bretaña, de Grecia, de Francia y de España.

Y a los señores Ministros de Holanda y de Italia.

Honorables señores:

En numerosas ocasiones, el Rey de España ha expuesto su posición europea; por ejemplo, el veintidós de junio de mil novecientos setenta y ocho, en Madrid, cuando dijo: «Como exigencia de primer rango está nuestra sincera cooperación en la construcción de Europa. Sin España, Europa sería imperfecta, como una sinfonía incompleta. Nos consideramos, sentimos y queremos ser europeos. Europa es nuestro futuro, acaso todavía imperfecto, pero justamente por eso, nos exige algo de una manera sin duda irrevocable.»

En efecto, sin España Europa estaría incompleta, sería sólo un torso geográfico, histórico y cultural, y más en la actual situación política.

El proceso histórico y espiritual de Europa hasta nuestros días es, sin España, tan poco imaginable como lo es, sin la cooperación de este gran país, la posibilidad de cumplir los actuales deberes continentales, asegurando nuestro futuro a través de la unión y el concierto de todas nuestras fuerzas.

Por ello, sería un importante acontecimiento para todos los pueblos libres de Europa unidos en la Comunidad Europea si, dentro de poco tiempo, la actual España democrática estuviera representada por primera vez dentro de los Organismos de esa Comunidad, si se abriese el Mercado Común con todas sus oportunidades y posibilidades igualmente para este país y así pudiera participar de las indudables ventajas de que disfrutaran los actuales diez miembros de la misma, cuya reunión, en marzo de este año, se realizó con la mirada puesta en su fundación hace veinticinco años en Roma.

Desgraciadamente, esta consideración retrospectiva no pudo dar, de ninguna manera, lugar para un júbilo completo.

Las declaraciones con ocasión del jubileo caracterizaron la grotesca situación:

Cada uno de los que hablaron o escribieron con ese motivo manifestó su gran admiración hacia la amplia visión y valor de los hombres de Estado que, entonces, con recíproca confianza, osaron emprender la gran empresa de su obra común. Cada uno alabó lo alcanzado con plena justicia. Cada uno, también con justicia, acentuó el gran éxito que los esfuerzos comunes habían producido.

Europa aseguró internamente la paz, aumentó considerablemente su propio bienestar, produjo lo necesario para su subsistencia y prestó a todos los continentes una gran ayuda para su desarrollo, cooperando con sesenta países africanos, del Caribe y del Pacífico.

Sin embargo, a pesar de todo ello, a pesar de la prueba de lo conseguido por el esfuerzo común, es ahora cuando aparece mayor el peligro de los países que marchan en solitario, en perjuicio de todos y, sobre todo, en perjuicio de aquellos mismos que intentan hacerlo así. Incluso para aquellos que predicán en puridad o practican en secreto, al estilo del cangrejo, el remiendo de los propios caminos nacionales y la vuelta al proteccionismo y encastillamiento de los mercados interiores, llegará algún día que no podrán reconducir a mejor ni la capacidad competitiva que se ha vuelto débil, ni la inflación que cada día aumenta, ni la dependencia de las importaciones en los suministros de energía, ni

el aumento del desempleo que se halla en justa correspondencia con lo anterior, ni el saneamiento de las finanzas estatales o el equilibrio de la balanza comercial, ni tampoco la inaplazable amenaza para la paz que nos viene de fuera.

No es una pura especulación lo que nosotros presentamos, sino la propia experiencia adquirida tal como se ha ido produciendo a lo largo de veinticinco años de trabajo común, de manera que fue la unión de esfuerzos lo que dominó las crisis, habiéndose obtenido el éxito a través de la vitalidad y credibilidad en la Comunidad y siendo el grado de disposición para una integración europea lo que decidirá nuestro destino sin permitir la vuelta a los nacionalismos.

La exigencia de una plena realización de aquello que fue suscrito hace veinticinco años nunca puede ser más fuerte que hoy. Se dirige a todos aquellos que llevamos la responsabilidad, la misma que en mil novecientos cincuenta y siete permitió actuar a los hombres de Estado para el bien de sus pueblos, para el bien de Europa.

Esta exigencia abarca a todos los órganos de la Comunidad. En particular, incide en el Consejo de Ministros, que, según los Tratados de Roma, es un órgano de aquélla y, en consecuencia, estaría obligado a promover los comunes intereses, pero que, no obstante, se ha desnaturalizado hasta llegar a ser un organizador de Conferencias diplomáticas de intereses nacionales enfrentados, en las que se intentan lograr unanimidades sólo sobre la base de los denominadores comunes más inferiores, y cuando no se encuentran éstos, aquéllas no vuelven a celebrarse.

Demandamos las promesas que se hicieron en los Consejos de Ministros y en las reuniones en la cumbre de los últimos años.

Urgimos el perfecto cumplimiento de los Tratados de Roma, la puesta a punto del Informe Tindemans de mil novecientos setenta y cinco, la decisión sobre las propuestas de la Comisión según lo indicado por el Consejo de treinta de mayo de mil novecientos ochenta y el dar los últimos toques al Plan Genscher-Colombo de mil novecientos ochenta y uno.

Hemos de esperar que el Consejo de Jefes de Gobierno que asimismo se llama Consejo de Europa no se limite a alabar la sabiduría y valor de los padres fundadores, sino que adopte finalmente la realización de las propuestas que se hicieron.

Exigimos que el piélago de docenas de proyectos que se apilan y agobian ante un Consejo de Ministros falto de capacidad negociadora, sea despejado finalmente en bien de todos, según el principio válido del acuerdo mayoritario y bajo control parlamentario.

Reivindicamos la concesión a un Parlamento libremente elegido de los correspondientes derechos e insistimos sobre el ilimitado respeto que cada instancia nacional debe tener respecto de las sentencias de la Corte Suprema Europea.

La población del continente espera la plena realización del mercado interior y de la unión aduanera, pues, con razón, sufre los efectos de las prácticas que mantienen los controles aduaneros nacionales.

En esta Sala están presentes numerosos colegas que son alcaldes o senadores de los Länder, que reciben las quejas que les presentan sus conciudadanos sobre las grotescas prácticas de las burocracias y sobre las normas aduaneras que chocan contra las reglas de la Comunidad y que, no obstante, no nos pueden ayudar en cuanto están vigentes

anacronismos que, desde hace mucho tiempo, pertenecen más bien al mercadillo de las antigüedades.

España está ante las puertas y Portugal en el mismo caso. Para nosotros son bien venidos, pero también nos exigen adornar y preparar nuestra casa.

España nos ayudará a tender puentes tanto hacia Africa del Norte como hacia los países de Latinoamérica, de cuyo concurso no sólo estamos necesitados para intercambiar materias primas, de un lado, por conocimientos tecnológicos, del otro, sino que también estamos interesados por un orden libre que asegure el respeto a la libertad de los Estados y de sus ciudadanos.

Todos los días se pone en evidencia hasta qué punto las experiencias, conocimientos y contactos de España con Hispanoamérica nos podrían ayudar, tanto a recibir una información rápida, comprensiva y exacta como a tener más margen de acción y maniobra.

España ha de aportar la gran riqueza de su cultura e historia, de sus experiencias y propios modos de ser a la Comunidad, pero al propio tiempo, según los hechos demuestran, no ha de renunciar a su tradición.

El que no conserva ni afirma su tradición tiene muy poco que aportar. No es la mezcla, sino la armonización de las peculiaridades nacionales la que verdaderamente merece el nombre de Europa. Y justamente España se ha demostrado imprescindible en ese maravilloso acorde, audible o inaudible, de la tradición europea.

Acaso sea mejor que oigamos cómo el propio Rey habló el ocho de febrero de mil novecientos setenta y siete, en Roma, sobre la entrada de su país:

«La historia europea no se puede comprender de una manera exacta si no se considera la decisiva contribución que a su desarrollo y fortalecimiento aportó España. Nuestro país no puede faltar en la construcción de la Europa unida.

Pero Europa es algo más que un continente. Es, ante todo, una concepción de la vida fundada sobre principios humanísticos y cristianos y orientada a la búsqueda de la justicia y de la libertad para servicio del bien común y de la dignidad de los hombres. La España de hoy se encuentra profundamente obligada al mantenimiento y a la protección de los derechos de la persona y aspira a una comunidad internacional fuerte, justa y de humana cooperación.»

Estos son los motivos que siempre se reiteran en los numerosos discursos del Rey y que justifican sus acciones: libertad, justicia, dignidad humana.

Si recordamos que Cervantes, hace cuatrocientos años, dijo: «La libertad es el más preciado regalo que el Cielo ha hecho a los hombres.»

Si también nos acordamos de que en esta sala, hace nueve años, exclamó Madariaga: «Ante todo, la libertad», entonces nos debe conmover fuertemente ver hoy entre nosotros a aquél que abrió camino en su país, a ese preciado regalo del Cielo, a aquél que hizo suyo el grito a favor de la libertad, a ése que sin necesidad de la presión revolucionaria y, ciertamente, actuando desde la plenitud de su poder, con plena libertad, pero también reconociendo lo que era útil para su país, puso el poder en las manos de su pueblo y quien, justamente por eso, por sostener su propio poder no por la fuerza, sino en la base de una concordia profunda, es por lo que permanece Rey y por lo que llegó a serlo de la más excelente manera.

El día veintidós de julio de mil novecientos setenta y siete y en la inauguración del primer período de sesiones del Parlamento recién elegido dirigió a la Asamblea un mensaje en cuyo preámbulo se dice:

«Al inaugurar esta histórica sesión siento cumplido el propósito al que siempre me he sentido ligado como Rey: la pacífica instauración de una vida común democrática sobre la base del respeto a la ley, todo lo cual es la manifestación de la soberanía popular.»

Si hoy en día constituye una tragedia y un desafío el que haya sistemas que se denominen a sí mismos repúblicas populares, pero que oprimen al pueblo, también es un reconfortante ejemplo el ver a un Rey que ha aportado la soberanía a su pueblo y que le ha procurado la instauración de una vida democrática común según la ley y el derecho.

Mientras en la vecina Polonia, por ejemplo, la libertad popular es oprimida por los mismos que aseguran ejercer la soberanía, en España la voluntad popular ha sido libremente instaurada por quien poseía en solitario el poder en las manos y porta la Corona de Rey.

Pero la soberanía popular no sólo fue posibilitada, sino también defendida y el camino que se había señalado como justo fue proseguido y confirmado a costa del más extremo riesgo personal en el mensaje al pueblo español de la noche del intento de golpe, cuando el Rey Juan Carlos no dejó ninguna duda: «...la Corona, símbolo de la persistencia y unidad de la Patria, no puede tolerar, de ninguna manera, acciones o conductas de personas que intentan interrumpir con violencia el proceso democrático que la Constitución, corroborada por el pueblo español, fijó mediante referéndum.»

Al incalculable valor del regalo de la libertad corresponde también su exposición al riesgo que obliga a poner en acción la adecuada disposición para su defensa. Y también esto nos lo muestra el portador del Premio Carlomagno de este año. Tomás de Aquino señaló la virtudes cardinales de prudencia, justicia y templanza como decisiva condición que caracteriza al pleno ejercicio del poder. Qué generosa es esta manera de actuar de un poderoso impregnado profundamente de cultura occidental europea, en quien la palabra y el hecho coinciden hasta sus últimas consecuencias, y qué lejos de aquellos tácticos oportunistas que traen el descrédito, también en los países europeos, al arte y grandeza del bien gobernar. Cuán profunda ha llegado a ser la desconfianza contra aquellos que no orientan sus decisiones en servir duraderamente a los ciudadanos, sino que se guían por un inmediato objetivo electoral fácil de alcanzar y que únicamente consideran necesario prometer muchas cosas en lugar de decir y hacer lo que, posiblemente para muchos, es absolutamente necesario.

Honorables señores: nuestro futuro puede perderse si no alcanzamos la unión de Europa. Consideremos nuestro deber de la manera como el Rey Don Juan Carlos I lo formuló en mil novecientos setenta y ocho:

«La misión que tenemos ante nosotros es ciertamente grande y enorme. Exige una cooperación cuyo más alto objetivo es la construcción de una Europa unificada que, ciertamente, fue intentada muchas veces e, incluso, en diversas ocasiones casi alcanzada, pero que, hasta ahora, jamás ha llegado a ser plena. Esta construcción de Europa sólo puede en nuestros días realizar el deseo de libertad y de justicia si conseguimos superar la inercia de los intereses particulares para insertarlos en el gran marco de los intereses generales de todos los europeos y si acertamos a responder a las esperanzas de los hombres y de los pueblos del continente mediante una nueva sociedad: justa, solidaria, libre e independiente.»

Vuestra Majestad ha allanado para su país el camino de semejante futuro, disponiendo y facilitando la entrada de España en la comunidad de los pueblos libres europeos. A través de ello, y también de su ejemplar conducta, ha adquirido su obra una dimensión histórica.

Justamente por ello, el Directorio de la Sociedad para la concesión del Premio Internacional Carlomagno de la Ciudad de Aquisgrán ha decidido unánimemente adjudicar a Vuestra Majestad el Premio Carlomagno del año mil novecientos ochenta y dos.

# DISCURSO DEL CANCELIER DE LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA, SEÑOR HELMUT SCHMIDT

Majestades,  
señoras y señores:

Con la concesión del Premio Carlomagno al Rey de España enlazamos el pasado con el presente histórico de Europa. La figura de Carlomagno, que da nombre a este Premio, representa para nosotros un viejo sueño europeo. Es el sueño de la unidad en la diversidad —una unidad que se había perdido al concluir la Edad Antigua con la caída del Imperio Romano— y una variedad que, a través de un largo proceso histórico, ha conducido a la caracterización individual de las naciones europeas.

La unidad política del Continente pareció lograrse entonces bajo Carlomagno. De su obra unificadora forma parte también la iniciativa de recobrar a España para los europeos, casi totalmente invadida entonces por los conquistadores islámicos del Norte de Africa. La «Canción de Rolando» —un documento que forma parte de la común herencia literaria de todas las naciones europeas— da testimonio todavía hoy de aquel fracasado intento.

Partiendo de las zonas no sometidas, que resistieron a la conquista árabe, los propios españoles lograron, en luchas seculares, reconquistar el subcontinente ibérico para la fe cristiana y para Europa. Pero estos siglos no sólo supusieron una confrontación religiosa y política, sino que desencadenaron también en muchos ámbitos una recíproca fecundación y convivencia cultural.

Hasta bien entrado el siglo XVI, cuando bajo el Rey español Carlos I —nuestro Emperador Carlos V— se logró de nuevo la unidad de una gran parte de la Europa de la época, al menos en lo que respecta a españoles y alemanes, España actuó como un puente entre la cultura Helénica clásica y la Islámica.

La cultura medieval de la Europa cristiana sería inconcebible sin ese contacto, sin ese fecundo intercambio con el centro cultural islámico, es decir, sin España. Sin la tradición árabe a través de los españoles, Aristóteles, por ejemplo, se habría perdido para nosotros los europeos. Sólo por medio de los grandes sabios árabes y de sus sucesores musulmanes en suelo español, ha podido llegar a Europa el antiguo tesoro del saber en los campos de la medicina, de la física y del pensamiento metafísico fundamentalmente.

También la cultura española da testimonio de haber actuado de puente fecundo por encima de las fronteras de Europa. Testimonio vivo son los grandes monumentos de la arquitectura hispanoárabe, que tan fuertemente influyeron en la historia de la arquitectura europea y que aún hoy, Majestad, despiertan año tras año la admiración de tantos visitantes europeos de vuestro país.

Un nuevo testimonio al respecto lo constituye la epopeya española de la Reconquista, El «Cantar del Mio Cid», que no sólo nos refiere las luchas entre musulmanes y cristianos, sino que nos habla también de su coincidencia en el respeto a los ideales caballerescos.



Es en suelo español donde se produjo tal simbiosis. De España partió esta contribución a la cultura europea que, durante las importantes centurias del poderío español, imprimió carácter al conjunto de la cultura occidental.

La influencia ejercida entonces y aún en nuestros días por España, se pone de manifiesto con sólo recordar el año, por muchos considerado decisivo, de mil cuatrocientos noventa y dos: La culminación de la Reconquista española con la conquista de Granada, la huida o la expulsión de numerosos musulmanes a Marruecos, la expulsión de los judíos españoles y el Descubrimiento de América por Colón. Fue entonces cuando España proyectó tan profunda influencia sobre toda la Historia Universal.

Las repercusiones literarias del ocaso de la época caballerescas española —en el personaje de Don Quijote, por ejemplo— forman parte de la herencia cultural común de todos los europeos. Indudablemente, «El Caballero de la Triste Figura» es para todos los europeos el personaje más popular de la literatura española. Goethe, uno de los máximos exponentes de la cultura alemana, calificó a Cervantes Saavedra, el creador de Don Quijote, como el más importante escritor, a la par que Shakespeare,

Al propio tiempo que los musulmanes fueron expulsados de España los judíos. Muchos judíos sefarditas encontraron en Europa Occidental una nueva patria. Por ejemplo Hamburgo, mi ciudad natal, tiene mucho que agradecer a esos emigrantes españoles.

Con el Descubrimiento de América la historia de Europa adquirió proyección universal. En el Imperio de Carlos V no se ponía el sol que iluminaba a españoles y alemanes.

Pero no sólo la literatura española forma parte de esta herencia común. Igualmente irrenunciables para la común identidad cultural de Europa son las obras de los grandes pintores, desde el Greco y Velázquez, pasando por Goya, hasta Picasso.

Con la concesión del Premio Carlomagno al Rey Juan Carlos tomamos conciencia de esa herencia con todo reconocimiento.

Rendimos hoy homenaje al Monarca de la democracia española. Desde la Constitución Liberal de Cádiz de mil ochocientos doce, nuestro concepto político del liberalismo hunde sus raíces en la palabra española «liberal».

El Premio Carlomagno de este año rinde homenaje a un Jefe de Estado de vocación europea, personificador de la democracia. Vos, Majestad, habéis llevado a cabo en vuestro país una labor admirable. Habéis resuelto magistralmente la difícil tarea de conducir a vuestro pueblo por la senda de la democracia liberal. Para ello se precisaba una gran capacidad de integración. Y en esa empresa Vos mismo no habéis vacilado en superar resistencias con vuestra decidida y personal intervención.

Permitidme unas palabras de carácter estrictamente personal. Proceden de alguien más viejo en años y derivan también de la experiencia política profesional de uno de los Jefes de Gobierno europeo con mayor antigüedad en el cargo:

He admirado siempre vuestra labor, ya en mil novecientos setenta y cinco, y desde el veintidós de noviembre de mil novecientos setenta y cinco en adelante. ¡He admirado vuestro instinto democrático y, al mismo tiempo, la dignidad que habéis sabido imprimir a la democracia española!

Desde entonces he encontrado numerosos amigos más jóvenes en los diversos ámbitos de la escena política española. Y estoy profundamente impresionado, en conjunto, de la riqueza de España en hombres jóvenes, pléticos de energía, de seguridad democrática y de madurez política. A esos hombres de España — ¡representados por vuestra Augusta Persona! — quisiera expresar mi mayor respeto y simpatía.

Vos, Majestad, os habéis pronunciado ejemplarmente en pro de los valores fundamentales que confieren a Europa su identidad política y que se han convertido al mismo tiempo en los pilares políticos de la Comunidad Europea.

Esta Europa, tal como hoy la concebimos, representa los grandes ideales de las libertades políticas y sociales. Los Estados de la Comunidad Europea se han impuesto como misión demostrar que una sociedad libre y un Estado liberal democrático no son meramente un bello ideal o una lejana utopía, sino que pueden transformarse en una realidad duradera.

Esto no es tarea fácil. Precisamente estamos comprobando estos días que no se excluye la aparición de contratiempos y de decepciones.

Por eso me congratulo tanto más de la decisión con que Vos, Majestad, y con Vos todo el pueblo español, habéis emprendido el camino hacia Europa. Siempre hemos deseado la adhesión de España a la Comunidad Europea porque la consideramos enriquecedora.

He hablado del puente hacia el mundo árabe-islámico que representa la cultura española. La adhesión de España a la Comunidad Europea nos ayudará asimismo a tender un puente no menos importante que nos acerque a los pueblos hispanoablantes de Latinoamérica o de tradición cultural hispánica. También precisamos de una estrecha colaboración con ellos.

Vuestro País, Majestad, ha generado grandes paladines de la unidad de Europa. Precisamente en mil novecientos treinta y siete escribía Ortega y Gasset: «Europa surgió como un conglomerado de pequeñas naciones. La idea y el sentimiento nacionales fueron en cierto sentido sus más característicos descubrimientos. Ahora, Europa se ve obligada a superarse a sí misma. Este es el esquema del drama gigantesco que va a representarse en los años venideros».

Y en otro pasaje va aún más lejos y precisa: «Sólo la decisión de hacer de los grupos de pueblos de este Continente una gran Nación podría reanimar de nuevo el pulso de Europa».

Ya en mil novecientos setenta y tres fue objeto de homenaje aquí en Aquisgrán un sereno luchador de España en pro del pensamiento liberal y democrático: Salvador de Madañaga. También él contribuyó de forma esencial a la plasmación práctica del concepto de unidad europea. También él perseveró en el estímulo a la ejecución de esta empresa unitaria.

La Comunidad Europea se encuentra hoy inmersa en la crisis económica más grave de su historia. Los Estados miembros sólo podrán hacer frente a tales desafíos desde una posición solidaria.

Sin el gran mercado interior, que tantas ventajas ha proporcionado a los países de la Comunidad; sin una estrecha cooperación económica y monetaria ningún estado miembro por sí sólo será capaz de resolver los problemas que genera la crisis de adaptación al marco de las nuevas condiciones económicas mundiales.

Esta crisis económica mundial exige que la Comunidad se robustezca en su capacidad de acción y que la cooperación y la cohesión entre los Estados miembros siga desarrollándose y perfeccionándose.

Sólo así podrá la Comunidad estar a la altura de los desafíos que se le presentan en el ámbito de la política mundial, dada su calidad de interlocutor. Europa únicamente podrá desempeñar este papel de socio favorable a una política de paz y de libertades en alianza con las democracias de América del Norte. Sólo así será posible el mantenimiento del equilibrio en Europa, indispensable para conservar la paz.

El Ministro de Asuntos Exteriores de vuestro País, al presentar la solicitud de ingreso en la Alianza, destacó expresamente los objetivos del Tratado del Atlántico Norte con los que España se siente identificada y que son, cito del texto del Tratado: «garantizar la libertad, la herencia común y la civilización de los pueblos, que se asientan sobre los principios de la democracia, de la libertad de la persona y de la primacía del derecho».

En la aspiración de España a ingresar en la Comunidad de las democracias liberales de Occidente vemos una prueba de la vitalidad y del poder de atracción de esta Comunidad, a pesar de las grandes dificultades. Somos conscientes asimismo de la importancia que tanto para el futuro de España como para sus vecinos europeos y todo el mundo occidental tiene el deseo de España de entrar a formar parte de la Comunidad Europea y del Pacto Atlántico.

El Gobierno Federal percibe con toda claridad la gran importancia de las negociaciones en curso para el ingreso en la CEE y de su satisfactoria conclusión.

Naturalmente sabemos que al concluir las negociaciones de adhesión seguirá un período de adaptación que ha de ser largo y no fácil.

El señor Presidente Calvo Sotelo y yo hemos conversado con detenimiento al respecto. Pueden producirse decepciones porque con frecuencia se conciben esperanzas a plazo demasiado corto, mientras que las grandes ventajas del Mercado Común y de la cooperación europea sólo pueden ser efectivas a largo plazo.

El recíproco proceso bilateral de adaptación requerirá considerable tiempo. Por ello es preciso acordar los mecanismos y plazos que faciliten el período de transición.

El Gobierno Federal pone todo su esfuerzo en cooperar a un feliz término de las negociaciones y en contribuir a la creación de condiciones aceptables para ambas partes que puedan ayudar a superar el difícil período de adaptación.

Participamos de todas aquellas reflexiones que tienden a asegurar oportunamente la solidez y coherencia de una Comunidad ampliada. Es un deber que nos asiste frente a España y también frente a Portugal, el otro país de cultura europea de la Península Ibérica.

Majestad, permitidme para finalizar expresaros mi cordial felicitación por el honor que a Vos y por vuestro conducto a vuestro pueblo, os ha sido concedido. El pueblo alemán y el español están unidos desde hace largo tiempo por una tradicional amistad. Junto a numerosos alemanes que gustan de pasar sus vacaciones en España —yo me cuento entre ellos— hay muchos de mis compatriotas que han echado allí sus raíces y que con sus conocimientos contribuyen al entendimiento recíproco.

Alrededor de ochenta mil españoles trabajan en nuestro país, que unidos a sus familias son en total casi ciento ochenta mil personas que aquí viven, trabajan, estudian y con su esfuerzo cooperan en favor de nuestro futuro social. Reconocemos con gratitud su aportación al desarrollo económico de la República Federal de Alemania.

Os aseguro que el deseo de España de recorrer con nosotros a partir de ahora el camino hacia una Europa unida ha sido acogido en este país con especial cordialidad.

No sólo vuestro pueblo os da las gracias por el papel que Vos personalmente habéis desempeñado en esta evolución. También nosotros los alemanes os expresamos nuestra gratitud de corazón.

# DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS Y MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DEL REINO DE BÉLGICA, SEÑOR LEO TINDEMANS

Señor:

Descendéis de un largo linaje de soberanos, desde Carlos V hasta Luis XIV y la Reina Victoria, que han reinado, en el transcurso de los siglos, sobre la casi totalidad de los países de esta Europa que estamos esforzándonos por unificar. A través de ellos, descendéis también, sin duda alguna, de esa personalidad legendaria que aquí mismo, bajo estas majestuosas bóvedas, hace más de mil años, gobernaba un imperio que se extendía desde Barcelona hasta la frontera de Dinamarca y desde Italia hasta el Mar del Norte.

Sin embargo, no son Sus antepasados a quienes el Premio Carlomagno viene a honrar hoy. Es al hombre, y al Rey, y, a través del Rey, a la gran nación a la que encarna.

Sois, desde mil novecientos cincuenta, el vigésimo quinto titular de este premio. Hoy, varios de Sus predecesores y, en particular, la mayor parte de los padres fundadores de la Comunidad Europea, han fallecido. Pero lo que no muere son sus ideas y en especial esta idea-fuerza que ha marcado nuestro tiempo, la idea de una Europa unida, democrática, dinámica y generosa, abierta al mundo, fraterna después de haber sido fratricida. En nombre de esta idea, y de todos los titulares del Premio Carlomagno que fueron sus abogados y su artesanos, me cabe la satisfacción, el privilegio y la honra de recibir y saludar hoy a Vuestra Majestad.

**Europa:**

Hemos celebrado este año el veinticinco aniversario de la firma del Tratado de Roma cuyo objetivo era, según la fórmula de Paul-Henri Spaak, «la mayor transformación voluntaria y dirigida de la historia de Europa». Era, y es aún, una idea audaz y novadora. Era, y es aún, una idea joven, es decir con propiedad para seducir a la juventud porque va dirigida hacia el porvenir.

Más allá de los fracasos y lentitudes de una empresa difícil, lo que vemos constituirse gradualmente desde hace veinticinco años es una nueva entidad que no se fundamenta ni en la raza, ni en la lengua, ni siquiera exclusivamente en la proximidad geográfica, sino en un concepto común de la vida en sociedad y la seguridad de un destino desde ahora compartido. A la inversa de tantos ejemplos históricos, este proceso de unificación no se fundamenta ni en la violencia ni en la amenaza. Se fundamenta en la razón y la voluntad de forjar un porvenir digno de nuestro pasado. Por eso es por lo que hemos podido hacer que colaboren hombres del sur con hombres del norte, hombres

de la derecha con hombres de la izquierda, pragmatistas con cartesianos, viejos con jóvenes, cada uno guardando presente la imagen de la meta por alcanzar y la voluntad de conseguirlo.

El esfuerzo proseguido en común en el transcurso de los años nos ha permitido establecer por primera vez desde la revolución industrial la libre circulación de nuestros productos en toda el área geográfica de Europa Occidental.

Una expansión económica sin precedentes y ampliamente compartida ha permitido que la Comunidad se mantuviera en el grupo que va a la cabeza de las naciones industriales. La política agrícola ha garantizado al campo un rendimiento decente. El sistema monetario europeo garantiza entre nuestras monedas el mínimo de estabilidad necesario para el desarrollo de los intercambios. Con la expansión de su comercio exterior, la Comunidad ha llegado a ser la primera potencia comercial del planeta reconociéndola como tal aquellos mismos que al iniciarse esta empresa la consideraban con ironía y hostilidad. Hemos concertado con muchos países del tercer mundo acuerdos cuya originalidad e influencia benéfica están reconocidas.

No quiero introducir en este análisis ningún elemento de triunfalismo. Todos sabemos que nuestra prosperidad está amenazada por una profunda crisis de estructura que se manifiesta con las plagas de la inflación y el desempleo. Nos cuesta, en estas circunstancias difíciles, mantener la unidad de visión de los países europeos, la persistencia de sus comunes esfuerzos, el dinamismo necesario para la construcción europea. Demasiados fracasos y tardanzas descorazonan y hacen que renazcan las ilusorias tentaciones del proteccionismo y surgen falsos profetas que anuncian el fin de la Comunidad.

Y, sin embargo, esta Comunidad vive. Ha sabido resistirse a las tendencias proteccionistas y sigue haciéndolo. Conforme a su vocación que es la de seguir adelante en una política voluntarista, busca soluciones en la puesta en marcha de una política industrial, una política de investigación, una política energética. Esta es la vía del porvenir y no andar divididos y replegados sobre sí mismos. Sin duda nuestros países sacan fuerzas de sus tradiciones y su historia, pero lo que asegura su porvenir son la imaginación política, la innovación técnica y la audacia.

España lo ha comprendido. A pesar de las dificultades económicas, a pesar de las vicisitudes técnicas de una negociación complicada, ha escogido deliberadamente asociarse a esta empresa, sabiendo ver más allá de las dificultades del momento, la amplitud de nuestros objetivos y el vigor de nuestras ambiciones. Más allá de los intereses económicos, la unión aduanera, las solidaridades comerciales y monetarias, Europa tiene una vocación política, un mensaje que transmitir y un papel que desempeñar en el escenario del mundo. La dimensión política ha sido siempre un elemento esencial de nuestra aspiración a una Europa unida. Sin cesar ha ido resurgiendo en el transcurso de los años, y aún ahora, en unas nuevas propuestas y en iniciativas diversas. Vivimos en un mundo en el que por primera vez desde hace siglos, los países europeos no son ni los mejor armados, ni los más ricos, ni los más avanzados en las tecnologías del porvenir. ¿Cómo no tener, en esta grave situación, una gran ambición colectiva? Para dar respuesta a esta ambición es por lo que los países europeos buscan el camino de una amplia Unión Europea que me satisface haber recorrido, por un momento, como peregrino. Dentro de unos días, el Consejo de la Comunidad se hará cargo de un proyecto de Acta Europea, la cual subrayará una vez más el objetivo político de nuestra empresa.

Este objetivo lo habéis entendido. Al hablar hace algunos años en el Quirinal, decíais: «Europa es más que un continente. Es sobre todo una concepción de la vida fundada en principios humanistas y cristianos, y orientados en la búsqueda de la justicia y de la libertad, una y otra al servicio del bien común y de la dignidad del hombre.» Efectivamente, Majestad, esta Europa es la nuestra. España tiene un tributo por aportar, un tributo hecho especialmente de fe europea y de voluntad política. Cierta día próximo, le dará la bienvenida.

### **La Democracia:**

En este concepto de nuestro porvenir, la democracia desempeña un papel esencial. El documento sobre la identidad europea que los jefes de gobierno adoptaron hace unos diez años confirma solemnemente lo que todos sabemos, que la democracia representativa, el reino de la ley, la justicia social y los derechos del hombre constituyen elementos fundamentales de la identidad europea. Se trata de una de las dimensiones esenciales del mensaje que deseamos transmitir.

Su primera tarea como Jefe de Estado ha sido inscribir estos principios en la organización constitucional de su país. Este cambio, cuyo liderazgo habéis asumido en España con calma y resueltamente, ha sido para todos los demócratas europeos una fuente de satisfacción y un motivo de admiración. Habéis dicho: «La Corona quiere ser punto de referencia, lazo de unión, cauce de diversidad, consagración del pluralismo, garantía última de la convivencia democrática sobre la base del respeto a la ley, manifestación de la soberanía del pueblo.» No se puede definir mejor la función de una monarquía parlamentaria.

Y no os habéis limitado a definiciones abstractas. En una larga noche de febrero del pasado año, pudo temerse que se vinieran abajo las esperanzas que el renacer español había hecho brotar en toda Europa. Tomásteis la palabra para pronunciar el discurso sin duda más corto de vuestro reinado ya que sólo contaba con cuatro frases. Citaré una de ellas: «La Corona, símbolo de la permanencia y unidad de la Patria, no puede tolerar en forma alguna acciones y actitudes de personas que pretenden interrumpir por la fuerza el proceso democrático que la Constitución votada por el pueblo español determinó en su día.»

Si hoy hablo de ello, no es para hurgar en las heridas que preferís ver cicatrizadas, todos lo sabemos. Es porque esa noche no estaba España sola a la escucha de su Rey. Toda Europa tenía los ojos puestos en Madrid y tengo la convicción de ser el intérprete de millones de europeos al rendir homenaje a quien, por su presencia de espíritu, su actuación decisiva y su profunda convicción democrática, ha salvado una parcela de nuestro patrimonio común.

Efectivamente, las ideas de Estado de derecho, de representación popular, de libertad no son ajenas a la construcción europea. Esta nació en particular de las ruinas acumuladas por un sistema que negaba estos valores y de las amenazas de otro sistema que sigue negándolos hoy. Winston Churchill, que también recibió el Premio Carlomagno, decía con humor que el sistema democrático, del que fue un ilustre defensor, era el peor de los sistemas políticos, con excepción de todos los demás. No somos tantos los que defendemos y practicamos la democracia pluralista en el mundo de hoy. Aquí también la presencia de España a nuestro lado es valiosa para nosotros.

## Europa en el mundo:

Esta Europa unida, democrática y próspera, no concebimos que pueda edificarse apartada del resto del mundo.

Por primera vez en la historia, la economía, como la política y la información, se ha vuelto planetaria. La interdependencia es hoy día un hecho irreversible. El porvenir depende ampliamente de la medida en que los hombres sepan convencerse de ello y sacar todas las consecuencias de esta coacción en la actuación política, la organización económica y el acercamiento psicológico a los problemas comunes. Basta con echar una mirada al escenario internacional para ver que todos nosotros tenemos, individual y colectivamente, mucho que aprender y mucho que progresar en esta dirección.

Pero aquí también Europa es un factor de esperanza. Se ha fundado, a tenor de un esfuerzo deliberado y prolongado, sobre la voluntad de superar los egoísmos nacionales y los errores del pasado. Esta misma voluntad, clarividente y novadora, es la que el mundo necesita hoy. Los países de Europa Occidental han sabido, en los años mil novecientos cincuenta, invertir el curso de su historia que les había llevado durante demasiado tiempo a una sucesión de guerras sangrientas. Con esa misma clarividencia y esa misma voluntad de renovación, tienen hoy día que enfocar los problemas inmensos que exponen la estabilidad del mundo a los más graves riesgos, pues aquí también hay que invertir el curso de la historia.

Paul Valéry ha dicho del hombre europeo que no se define ni por la raza, ni por la lengua, ni por las costumbres, sino por sus aspiraciones y por la amplitud de su voluntad. Para bien o para mal, hemos dejado colectivamente en otros pueblos del mundo huellas indelebles de nuestras aspiraciones y de nuestra voluntad de potencia. Esto nos confiere sin duda una responsabilidad histórica que hemos de saber asumir al igual que el resto de nuestro pasado, sin exagerar ni minimizar su alcance. Pero también nos concede posibilidades de acción basadas en las afinidades psicológicas resultantes del pasado, incluso a veces, de una comunidad de origen o de una lengua compartida, que dan a nuestros actos una resonancia particular en numerosos países de ultramar.

Si el hombre europeo ha dejado huellas en varios continentes, el hombre español las ha dejado en uno en especial. La Hispanidad, consagrada por una lengua y una cultura común, es decir, por una manera peculiar de sentir y describir la realidad, da a España una prolongación americana y a su lengua una resonancia mundial. Creemos que estos lazos particulares, trenzados por la historia y que siguen manteniéndose aún hoy con regularidad, son un elemento importante que España puede aportar a una Comunidad europea que no intenta replegarse sobre sí misma sino abrirse al mundo. El mundo iberoamericano no deja de crecer en importancia política, económica, cultural. España tiene vocación de explicarle nuestros objetivos y de servir de puente entre dos continentes que tienen sobrados motivos para entenderse.

Desde el origen, la fe en la construcción europea ha reunido a hombres que diferían en edad, origen, convicciones, lenguas, nacionalidad. Constituyen un grupo aparentemente heterogéneo, pero unido por la visión común que tienen del porvenir y por la firme voluntad de consagrar sus fuerzas a la realización de ese viejo sueño de unión que quizá rondara ya la mente de Carlomagno. Estoy firmemente convencido de que este grupo de hombres pasará a la historia por no haber carecido ni de audacia, ni de imaginación, ni de éxito.



Al recibir el Premio Carlomagno Os unís solemnemente a este grupo. En él se necesitan optimismo y convencimiento. Vuestro optimismo, lo conocemos. Impresiona a cuantos os tratan e inspira confianza en los momentos difíciles. También conocemos vuestras convicciones. Se reflejan en la maestría con la que habéis guiado a España por la vía de la renovación a pesar de las dificultades y los escollos. Se reflejan en la opción europea claramente afirmada por la nación española entera.

Por todo esto, os integráis con toda naturalidad en el círculo en el que hoy he tenido la honra de recibirlos. Os felicito y me congratulo por la consolidación del porvenir común de nuestros pueblos.

# DISCURSO DE SU MAJESTAD EL REY DON JUAN CARLOS I

Excelentísimo señor presidente de la República Federal de Alemania,  
Excelentísimo señor canciller,  
Excelentísimo señor primer alcalde de Aquisgrán,  
Excelencias,  
Señoras y señores:

Quiero ante todo agradecer muy sinceramente las elogiosas palabras que me han dedicado, tanto el primer alcalde de esta histórica ciudad como el canciller de la República Federal y el actual presidente del Consejo de Ministros de las Comunidades Europeas y ministro de Negocios Extranjeros del reino de Bélgica.

Me siento realmente conmovido, porque su amabilidad incrementa aún más el honor que hoy se me concede.

Gran honor es para mí, en efecto, un Rey europeo, recibir el Premio Carlomagno instituido en recuerdo del primer soberano que soñó con ser emperador de Europa.

Egregias personalidades me han precedido en esta distinción: Alcide de Gasperi, Jean Monnet, Konrad Adenauer, Winston Churchill, Robert Schumann, entre otros muchos, han sido honrados y a su vez honran a este Premio Carlomagno. Todos ellos supieron dedicar lo mejor de su voluntad y lo más fecundo de su pensamiento a la obra común de la creación de una Europa unida.

Europa nace como realidad histórica a consecuencia de uno de los hechos más trascendentales de la Edad Media: primera división de la cuenca mediterránea, origen de la cultura antigua por las invasiones islámicas del siglo VII y comienzos del VIII.

El Mediterráneo deja de ser el «Mare Nostrum»; va a ser el mar de los cristianos y el mar de los musulmanes. La orilla cristiana queda aislada de lo que había sido el África helenizada, romanizada, cristianizada de los Ptolomeos o de Filón o de San Agustín. Y como su «interland» surge Europa.

Esa Europa incipiente, naciente, va a ser a un tiempo románica y germánica. La Romania fragmentada por las invasiones se va articulando con una Germania que se va incorporando a una historia común.

El gran sueño político es, durante siglos, la restauración del Imperio Romano, con un explícito elemento germánico y, por supuesto, cristiano: el Sacro Imperio Romano Germánico. Pero en realidad, lo que se está creando es otra cosa: Europa.

El año ochocientos, por obra del gran Carlos empieza a germinar aquí, en esta ilustre ciudad, esa comunidad europea tantas veces escindida y en lucha, siempre renacida.

«L'Europe n'est qu'une nation composée de plusieurs», dirá Montesquieu un día; Balzac hablará de «la grande famille continentale, dont tous les efforts tendent à je ne sais quel mystère de civilisation»; y el español Antonio de Capmany decía en mil setecientos setenta y tres que «toda la Europa es una escuela general de civilización».

Es aquí precisamente donde recibo el Premio Carlomagno, en esta vieja ciudad tan europea que tiene nombre en casi todas nuestras lenguas: Aquisgranum fue su nombre latino, conservado tan de cerca en el español Aquisgrán y en el italiano Aquisgrana; Aixla-Chapelle para franceses e ingleses; Aachen para los alemanes; Aken para los holandeses.

Para mí, como Rey de España, tiene singular emoción el ser honrado en Aquisgrán, en el lugar en que fue coronado emperador, en 1520, mi antepasado y antecesor en la Corona de España, Carlos I, a quien por esa dignidad se conoció después como Carlos V.

Al dar las más profundas gracias por el honor que me habéis hecho, al designarme para recibir este Premio que lleva el nombre de tan remoto fundador de Europa, permitidme asociar a él el de mi lejano abuelo, artífice también de la construcción de esta gran comunidad de pueblos, que contribuyó de modo tan extraordinario a la proyección y dilatación de Europa más allá de los océanos, a la creación histórica y política del Occidente. El nombre de aquel otro Carlos en cuyo reinado el hombre tomó posesión física de la redondez del planeta, cuando Elcano lo circunnavegó por primera vez en la historia.

Los países de Europa han nacido como partes de un conjunto más importante que cada uno de ellos, sobre un suelo nutrido del que han derivado lo común de su sustancia.

Por debajo de la fragmentación, de los intereses particulares, las rivalidades y la lucha por el poder, los elementos europeos han actuado como un factor de unidad y convergencia: la herencia cristiana, el recuerdo de Roma, con su unidad, su lengua universal, convertida en vehículo de la cultura y la liturgia, el derecho romano y el sentido de la autoridad más allá de la fuerza; los impulsos de libertad individual y la lealtad personal, aportación germánica a la Edad Media.

Desde esos principios, Europa ha dialogado durante siglos, a veces en paz, otras en combate, con el Islam, y ha llevado dentro de sí, no sólo la tradición judaica del cristianismo, sino la presencia de un fermento judío estimulante, unas veces aceptado como enriquecedor y otras rechazado.

Y a esa Europa latinizada se ha ido integrando la otra, griega y bizantina, incorporada principalmente por los pueblos eslavos, que tantas veces se ha segregado del resto, por cismas teológicos o políticos, pero que todo verdadero europeo considera irrenunciable.

Las Monarquías han sido a lo largo de la historia europea un factor de unidad. No solamente han superado la atomización de los minúsculos poderes, sino que han establecido relaciones personales entre los pueblos, representados por sus reyes.

Y los matrimonios entre los miembros de las familias reinantes han establecido vínculos entre países divididos por la lengua, la raza o las costumbres, han tendido puentes entre las diversidades; han ido reforzando la conciencia de unidad, de pertenencia a una realidad común.

Las monarquías de Europa han sido artífices de la constitución de «ces grands corps que sont les nations», como decía Descartes, el avanzado intelectual de la Europa moderna; y si se mira bien, han refrenado y limitado el espíritu devastador e insolidario del nacionalismo.

La nación española se fue constituyendo mediante un sistema de sucesivas incorporaciones creadoras de los reinos, principados o condados medievales, en que todos los

reyes españoles habían llegado a ser de la misma familia, de manera que, desde muy pronto, no hubo relaciones de extranjería entre ellos. Y esto explica el hecho admirable, y pocas veces señalado, de que los reinos cristianos de la España medieval combatieron entre sí incomparablemente menos que las partes de las demás naciones actuales de Europa.

La gran empresa española, la Reconquista, daba un sentido de fraternidad a los cristianos y hacía que sus energías se dirigieran casi exclusivamente en lo belicoso a la recuperación de lo que se llamó «la España perdida».

Esto explica la constitución de España como nación moderna en fecha tan temprana, casi medio siglo antes de la coronación de Carlos V en Aquisgrán. Cuando esto ocurre, España lleva ya una larga historia nacional, y ha realizado una segunda innovación política e histórica: la supernación como comunidad de pueblos, eso que ahora anda buscando la humanidad para superar sus problemas más agudos y evitar los mayores peligros.

La Monarquía Española fue pronto la «Monarquía Hispánica», integrada por diversos países en ambos hemisferios, bajo la misma Corona: la primera realización efectiva de Occidente.

De este modo se creó una comunidad de pueblos hispánicos que perdura más allá de los vínculos políticos como unidad de lengua, de cultura, de tradiciones y costumbres.

Es lo que ha hecho del español una lengua universal, en la que conviven creadoramente trescientos millones de personas de muy diversos países y razas; una lengua en la cual tiene una patria espiritual y encuentran un milenio de literatura propia y de pasado histórico común. ¿Se entendería de otro modo que Carlos V antepusiera el ser Rey de España a toda otra dignidad, incluso a la imperial que aquí recibió?

Hace seis años que tengo sobre mí el honor y la responsabilidad de llevar ese mismo título de Carlos I. He sentido mi deber de fidelidad a esa tradición. He creído que mi obligación como Rey de España era restablecer plenamente la unidad, la libertad, la concordia de todos los españoles. En el siglo XX, esto no puede hacerse más que democráticamente, y he tenido interés en impulsar el proyecto constitucional de España, que había de dar una ordenación jurídica a nuestra vida pública, y señalar mi puesto de servicio a mi Patria.

Puedo decir con satisfacción que, sin rupturas ni discordias, sin exclusiones ni venganzas, se ha establecido en brevísimo tiempo un orden de libertad, convivencia y diálogo, de autoridad legítima, de afirmación del pluralismo, que permite avanzar en el camino de la justicia.

Hoy me siento orgulloso de ser Rey de España: el honor de ser el primer servidor de mi país me compensa de los trabajos, las preocupaciones o los riesgos que esa magistratura lleva consigo. España, sin comprometer una paz que estima más que ninguna otra cosa, después de haber experimentado en su carne el dolor de la discordia y de la guerra, ha superado la tentación del inmovilismo y avanza hacia grandes empresas: el desarrollo de su personalidad histórica, la conservación de sus fecundas diferencias, el incremento de la libertad, la consecución de una mayor justicia, la dilatación de una cultura que tanto ha contribuido a la formación de Europa y de todo Occidente.

España no puede hacer esto más que como nación europea. Lo ha sido siempre, ha estado hecha de sustancia europea desde su nacimiento. Se ha dicho que los demás países europeos son europeos porque simplemente lo son, y no pueden ser otra cosa, pero que España, invadida a comienzos del siglo VIII por los musulmanes, es europea porque, contra toda aparente razón quiso serlo y no perdió su condición latina y cristiana como otros pueblos que también la poseían. España ha estado presente en todas las empresas de Europa, y se propone seguir estándolo.

Y no olvidemos que ahora se trata de construir entre todos, más allá de la unidad, de la ya antigua unidad de Europa, su unión.

En esa empresa, España ha sido también adelantada. Dos de los más grandes espíritus de la España actual, José Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga —que también fue galardonado con el Premio Carlomagno—, han sido defensores inteligentes y entusiastas de la unión europea. Ese gran libro que se llama «La rebelión de las masas» proponía, en mil novecientos treinta, como única solución de los problemas europeos, la unión de Europa, la supernación que había que inventar, los Estados Unidos de Europa. Y este impulso no se ha extinguido nunca en mi Patria.

Pero hay algo más que tengo que recordar ante vosotros: España, nación, radicalmente europea, no es sólo europea, es transeuropea, está proyectada, desde su mismo nacimiento como nación moderna, más allá de nuestro continente: es una nación hispánica, uno de los miembros —ciertamente el más antiguo, el originario— de una comunidad de naciones hispánicas independientes.

¿Disminuye eso su condición europea? Al contrario, la refuerza, porque Europa es transeuropea, ha consistido siempre en ir más allá de sí misma, en irradiar, en verterse hacia otros pueblos.

Una Europa cerrada, egoísta, desdeñosa de los demás, sería ciertamente menos europea.

Al ser fiel a su condición hispánica, al referirse constantemente a los pueblos de lengua española al otro lado del Atlántico, incluso a las comunidades que conservan esa lengua en otros continentes, España no disminuye su europeidad, sino que la afirma y realiza creadoramente.

Así entiende hoy España, y personalmente su Rey, sus deberes históricos. Mantenimiento de la paz y la convivencia dentro del país y contribución a afianzarlas en el mundo entero. Incremento de la libertad para los hombres, los grupos sociales, las comunidades autónomas y, fuera de nuestras fronteras, para los diversos países que con ningún pretexto deben ser violentados, dominados o invadidos.

Potenciación de la unidad, no de manera abstracta y homogénea, sino mediante la articulación de las partes que componen realmente un mundo riquísimo, complejo y diverso.

Aumento de la riqueza mediante la cooperación internacional inteligente, sin que se pueda usar de los recursos naturales como armas al servicio de la extorsión, como instrumento de dominación o explotación.

Avance, hasta donde la realidad lo permita en cada momento, hacia la justicia y la participación creciente en los bienes que posee la humanidad. Estas serían las líneas generales del programa histórico de España en esta hora.

Podría resumirlo todo en una sola palabra: amistad. Por primera vez en mucho tiempo, creemos que los españoles pueden sentirse, sin restricciones, amigos.

En el campo internacional, España desea no ver otra cosa que amigos y colaboradores en el mundo entero.

España no tiene rencores, ni deseos de revancha, ni envidias, ni más ambición que la de su propia perfección mediante el esfuerzo de sus hombres y mujeres. Quiere colaborar e integrarse con plena dignidad, con la máxima eficacia, en las grandes empresas complementarias y mutuamente necesarias de nuestro tiempo: la empresa occidental, la empresa europea y la empresa hispánica.

Y desde esas grandes unidades, la aproximación hacia el ideal de un mundo en que los hombres, todos, sin perder sus caracteres propios, sin confundirse, vivan juntos, fraternalmente, en paz.

Si en algo contribuyo durante mi reinado a que esto sea así, al final de él creeré que he merecido el Premio Carlomagno. Por habérmelo anticipado hoy, os doy otra vez rendidamente las gracias.

## COLECCIÓN «INFORME»

1. *El Estado y las Fuerzas Armadas.*
2. *La Seguridad Social de los Funcionarios.* Fuerzas Armadas y Funcionarios civiles del Estado.
3. *El Mensaje de la Corona.*
4. *La descolonización del Sahara.*
5. *La hora de las reformas.* El Presidente del Gobierno ante las Cortes Españolas. Sesión plenaria del 28 de enero de 1976.
6. *La Defensa de la Comunidad Nacional.*
7. *Mensaje de la Corona / II.* Primer mensaje Real, a las Fuerzas Armadas, a la Familia Española, al Pueblo de Cataluña, al Consejo del Reino.
8. *Calendario para la Reforma Política.*
9. *Los Reyes en América.* 1. República Dominicana y Estados Unidos.
10. *Medidas económicas del Gobierno.* 8 de octubre de 1976.
11. *Los Reyes en América.* 2. Colombia y Venezuela.
12. *Los Reyes en Europa.* 1. Francia.
13. *Reforma Constitucional.* Proyecto de Ley para la Reforma Política.
14. *La nueva Ley Fundamental para la Reforma Política.*
15. *Mensajes de la Corona / III.* A las primeras Cortes democráticas de la Monarquía.
16. *Los Reyes en América.* 3. Venezuela. Guatemala. Honduras. El Salvador. Costa Rica. Panamá.
17. *Los Pactos de la Moncloa.* Texto completo del Acuerdo sobre el Programa de saneamiento y reforma de la economía y del Acuerdo sobre el Programa de actuación jurídica y política.
18. *Los Pactos de la Moncloa. Cumplimiento del Programa de actuación jurídica y política (27 octubre 1977-27 enero 1978).*
19. I. *Los Pactos de la Moncloa. Cumplimiento del Programa de saneamiento y reforma de la economía.* 1. Política de empleo y rentas, salarios y seguridad social.
19. II. *Los Pactos de la Moncloa. Cumplimiento del Programa de saneamiento y reforma de la economía.* Política monetaria, Reforma fiscal y Reforma del sistema financiero.
20. *Regímenes preautonómicos y disposiciones complementarias.* Cataluña, País Vasco, Galicia, Aragón, Canarias, País Valenciano, Andalucía, Baleares, Extremadura, Castilla y León, Asturias, Murcia, Castilla-La Mancha.
21. *Un nuevo horizonte para España.* Discursos del Presidente del Gobierno 1976-1978.
22. *El Gobierno ante el Parlamento.* 22 junio 1977-31 octubre 1978.
23. *Mensajes de la Corona / IV.* Primer mensaje de la Corona (1975); Apertura de las Cortes Constituyentes (1977); Sanción a la Constitución Española (1978).
24. *Discurso de Investidura.* Congreso de los Diputados 30.3.1979.
25. *Mensajes de la Corona / V.* A las Cortes Generales.
26. *Los Reyes en Europa.* 2. Universidad de Estrasburgo y Consejo de Europa.
27. *Mensajes de la Corona / VI.* Mensajes de Navidad 1975-1979.
28. *El Gobierno ante el Parlamento / 2.* Comunicación del Gobierno y discurso de su Presidente en el Congreso de los Diputados 17 y 20 de mayo de 1980.

29. *El Gobierno ante el Parlamento / 3. La Cuestión de confianza.* Discurso del Presidente del Gobierno ante el Congreso de los Diputados. Pleno del 16.9.1980
30. *Discurso de Investidura.* Congreso de los Diputados 19.2.198.
31. *Los Reyes con el Pueblo Vasco.*
32. *Informe de la Comisión de Expertos sobre Autonomías.* Centro de Estudios Constitucionales. Mayo 1981.
33. *El Defensor del Pueblo.* Legislación Española y Derecho comparado.
34. *Informe de la Comisión de Expertos sobre financiación de las Comunidades Autónomas.* Centro de Estudios Constitucionales. Julio 1981.
35. *Partidos Políticos.* Regulación Legal. Derecho comparado, Derecho español y Jurisprudencia.
36. *Acuerdos autonómicos 1981.*
37. *Regulación jurídico-pública de los productos alimentarios.*
38. *La Seguridad Social Española. Programa de mejora y racionalización.*
39. *Los Reyes en Europa. 3. El Premio Carlomagno.*
40. *Mensajes de la Corona / VII. Apertura de la Legislatura.*
41. *Discurso de Investidura.* Congreso de los Diputados.
42. *Acuerdo sobre retribuciones del personal de la Administración del Estado.*
43. *Consejo de Estado. Discursos pronunciados en el acto de toma de posesión del Presidente del Consejo de Estado.*
44. *Los Reyes en América. 4. Uruguay. Brasil. Venezuela: Premio «Simón Bolívar».*
45. *El Gobierno ante el Parlamento / 4.*
46. *Proyecto de Ley de Medidas para la Reforma de la Función Pública.*
47. *El Gobierno ante el Parlamento / 5.*
48. *Proyecto de Ley de órganos de representación, determinación de las condiciones de trabajo y participación del personal al servicio de las administraciones públicas.*
49. *Consejo de Estado.*





*Los demás países europeos son Europa porque simplemente lo son y no pueden ser otra cosa, pero España, invadida a comienzos del siglo VIII por los musulmanes, es Europa porque, contra toda aparente razón, quiso serlo y no perdió su condición latina y cristiana como otros pueblos que también la poseían*

**Precio: 100 pesetas**

**SERVICIO CENTRAL DE PUBLICACIONES**



**PRESIDENCIA DEL GOBIERNO**